

PAUL RIVET Y SU EPOCA

Por Alicia Dussan de Reichel

Instituto Colombiano de Cultura

Hablar de Paul Rivet es recordar un episodio referente a uno de los más influyentes iniciadores de la carrera antropológica en Colombia. Nuestro maestro fue una figura notable, para la ciencia francesa de las primeras cuatro décadas del siglo veinte. Se destacó como el principal mentor de la escuela americanista y sus grandes congresos internacionales, como fundador del Museo del Hombre de París, y por sus teorías sobre los orígenes del Hombre Americano.

Pero también Rivet fue el gran promotor de la antropología colombiana; tuvo influencia profunda en la inicial orientación de las tareas investigativas en nuestro país, y si me refiere a él, estoy tratando pues de una fase formativa, de una profesión a la cual se dedican actualmente centenares de colombianos.

En esta disertación empleo el término antropología, puesto que nuestra profesión se denomina así en Colombia y es también como se conoce, actualmente, dicha área de especialización de las ciencias sociales en el resto de América. En Francia, en la época de Rivet "antropología" significaba únicamente el estudio del hombre como ente físico. En cambio el término etnología abarcaba las ramas de: antropología física y biología, prehistoria, arqueología, etnografía, lingüística y la sociología.

Pero antes de seguir adelante y detallar los logros científicos de Rivet, es necesario preguntarse: ¿Quién era este hombre y cómo surgieron los nexos entre el sabio europeo y nosotros, las primeras promociones de antropólogos colombianos?

Paul Rivet había nacido en 1876, en Wasigny, Francia. Su educación escolar se llevó a cabo dirigida por su progenitor, maestro de escuela de una aldea de Ardenes, de quien aprendió el amor a Francia y el respeto a los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Paul Rivet decidió estudiar cirugía

y sanidad militar en la Escuela Nacional de Medicina Militar de la ciudad de Lyon y allí sobresalió, tanto por su personalidad como por su aguda inteligencia; se doctoró en 1897 y pronto después del grado el gobierno francés lo designó, en calidad de médico, para tomar parte en una misión científica a Suramérica. Se trataba de viajar a la República del Ecuador, en cumplimiento de la recomendación de la Conferencia General de la Asociación Geodésica Internacional, para medir nuevamente un meridiano ecuatorial, en términos más precisos que los empleados por la expedición francesa de La Condamine, en el siglo dieciocho. Así, en 1901, el joven médico zarpó de Burdeos para América, con la misión del Servicio Geodésico de la Armada Francesa.

En sus seis años de permanencia continua en el Ecuador, ejerció su profesión médica tanto con los miembros de la misión, como con pacientes ecuatorianos, lo cual le abrió la puerta al conocimiento de las gentes del Ecuador y a un efecto duradero por los latinoamericanos. Además, Rivet se dedicó a recolectar especímenes y hacer colecciones botánicas y zoológicas, las cuales enviaba a París a las mejores instituciones científicas, con fines de identificación y estudio. Gracias a su contribución, en París llegaron a determinar no sólo sub-especies, sino especies y géneros nuevos; de este modo Rivet se hizo conocer pronto en círculos de naturalistas.

Es de recordar que en aquella época Francia estaba en pleno auge científico y que Rivet, en la Universidad de Lyon, se había formado dentro de una orientación positivista, basada en los postulados de Buffon y Robinet, espíritus que habían abierto nuevas brechas. Así mismo eran descubrimientos relativamente recientes los efectuados por Lamark y Cuvier; a fines del siglo diecinueve la biología era la ciencia de la cual se esperaba una filosofía general, para el mejoramiento del hombre y del mundo. París, ya desde comienzos del siglo dieci-

nueve, se había convertido en el centro mundial de los estudios biológicos. Estos avances de los biólogos franceses fueron simultáneos a nuevos descubrimientos de sociedades humanas, que hasta entonces habían existido sin ser alcanzadas por los representantes de la civilización occidental, y que entonces al ser descubiertas, dieron base a un vasto campo de investigación, o sea al nacimiento de la antropología. Las colecciones traídas de las colonias ya en 1879 formaron un Museo Etnográfico en París.

Pero volvamos a Rivet. Durante aquella estada en el Ecuador, él convivió la mayor parte del tiempo, con diferentes grupos de indios de aquel país. Para el estudio sistemático de los aborígenes, el proceso de Rivet se dio así: partiendo de la admiración por el "buen salvaje" descrito por Rousseau, se despertó su curiosidad, y basándose en criterios científicos empezó a recolectar datos con una metodología rigurosa de las Ciencias Naturales. Recogió gran acopio de material sobre: biología humana, etnografía, lingüística, etnografía antigua, arqueología. Asimismo investigó, como fuentes escritas, los antiguos cronistas de la Conquista y los historiadores ecuatorianos.

La experiencia de compartir la vida de los indios, fue fundamental para Rivet, pues se convenció de que los hombres, entonces clasificados como menos "salvajes", eran seres altamente dotados de inteligencia, y de capacidad creadora; en otras palabras, supo captar la dimensión humana del indio. Percibió que no existían barreras humanas entre él y los llamados "primitivos". En Ecuador Rivet se formó un criterio anti-racista y anti-etnocentrista. Su conocimiento del Nuevo Mundo lo orientó por un lado hacia la búsqueda de los orígenes del Hombre Americano, y por otro, a base de criterios antropológicos también, hacia su lucha por una humanidad unida y solitaria, basada en la comprensión, la tolerancia y la libertad. La experiencia ecuatoriana definió el futuro de Rivet como científico, su compromiso político de izquierda, así como su papel de internacionalista.

Al salir del Ecuador, Rivet se embarcó para Francia, llevando no sólo un gran acopio de experiencias científicas, y una importante colección arqueológica, sino también a Mercedes Andrade Chiriboga, dama ecuatoriana, quien fue su compañera y esposa del resto de la vida.

El retorno de Rivet a su patria coincidió con todos los eventos del comienzo del siglo veinte, y con un auge de la antropología francesa, la cual surgió ideológicamente como alternativa al esquema evolucionista del americano Henry Morgan, y los esquemas de evolución unilineal que se planteaban en Europa desde la Ilustración, los cuales aparentemente daban argumentos a los países colonialistas, para jerarquizar a las sociedades humanas, y colo-

car en una posición de inferioridad a las que no pertenecían a la Civilización Occidental.

En París, Rivet abandonó su profesión de médico y se integró al Museo Nacional de Historia Natural. Se dedicó a continuar las investigaciones y a elaborar los datos recogidos acerca de los aborígenes ecuatorianos; él había efectuado publicaciones ya mientras estaba en Suramérica, primero sobre patología médica del Ecuador, y luego acerca de los indios de la región de Riobamba. A su regreso publicó docenas de artículos los cuales despertaron gran interés entre los científicos de París y en 1908 ya fue secretario General de la Sociedad de Americanistas. Él se destacó, pues fuera de publicar su material ecuatoriano, pronto comenzó a comparar datos, especialmente lingüísticos, con los de tribus de Colombia, hallando afinidades entre grupos del Alto Amazonas y del Sur-colombiano, con el Noroeste del Ecuador. Rivet publicó sobre las lenguas indígenas del Vaupés y algunas otras zonas de Colombia.

Hacia 1912 extendió su campo de intereses a aspectos lingüísticos de Bolivia y publicó más trabajos histórico-culturales del Ecuador. Él fue un pionero y hombre de grandes intuiciones; así en la primera década de nuestro siglo, en sus trabajos se refiere a problemas que apenas hoy se están discutiendo, a saber por ejemplo: la base amazónica de las grandes culturas andinas; o el problema que se plantea para proteger a los indígenas, en el caso del Brasil.

De 1914 a 1918 Rivet interrumpió su vida de investigador y sirvió de nuevo como médico en el ejército francés; estuvo en la batalla del Marne, en la de Arras, en la Somme y en el frente de Verdun. Fue jefe del Hospital Militar y luego jefe de la oficina de Higiene y epidemiología del ejército aliado.

Su esposa ecuatoriana fue herida, cuando manejaba una ambulancia en el frente de batalla. Una vez pasada esta guerra, Rivet reanudó en París las actividades americanistas; publicó en gran escala y fue recibiendo más y más reconocimientos por sus logros académicos. Lo nombraron miembro de las sociedades científicas más prestigiosas de Europa y de Estados Unidos, le otorgaron muchas condecoraciones; asistió a congresos internacionales. Simultáneamente era un catedrático muy activo, así como secretario perpetuo de la Sociedad de Americanistas.

El conocimiento que él tenía sobre los diferentes aspectos de los indígenas americanos, así como de grupos étnicos de otros Continentes, lo llevó a plantear, ya desde 1925, hipótesis que le dieron fama, acerca de los orígenes del Hombre Americano. Sus tesis se basaban en datos de antropología física, lingüística, etnografía y arqueología. Quiero enfatizar que ésta búsqueda por la creación de una ciencia, cuyo método y objeto sería descubrir y comprender los procesos que constituyen al ser

humano como tal, era ya una tradición intelectual de varios siglos en Europa. Constituía la tendencia de una unificación y especialización de la Ciencia de la Humanidad. De este modo la antropología se constituyó con la tendencia de examinar las características biológicas y culturales, del hombre, desde sus orígenes hasta el presente, para explicar las leyes de la evolución humana.

Rivet fue un sabio, como otros de su época, que dominaban las diferentes ramas de la antropología y de ciencias afines. También conocía otros continentes, de manera que podía hacer comparaciones muy bastas. Así fue como él pudo comparar fenómenos humanos de América, Australia, Asia, África y Oceanía. Quiso abarcar conocimientos universales, enfocando al hombre primitivo de los más diversos tipos físicos, lenguas y culturas. Además, con los estudios arqueológicos complementaba una visión diacrónica de la evolución socio-cultural.

Los datos bibliográficos de Rivet, se complementaron no sólo con sus muchas misiones a América Latina, sino a las colonias francesas de Nigeria, Costa de Marfil, Sudán, Guinea e Indochina. En 1925 Rivet fue uno de los iniciadores del Instituto de Etnología de la Universidad de París, fundado por el Ministro de Colonias con subvenciones de sus posesiones de ultramar; él y Marcel Mauss eran los secretarios generales y principales profesores.

Una iniciativa original de Rivet desde 1927, fue reunir en París las diferentes instituciones y colecciones etnográficas llegadas a la capital francesa, ante todo de sus colonias. Con ocasión de celebrarse la Exposición Internacional de 1937, en París, él logró que se construyera, en una de las alas del Palacio del Trocadero, el Museo del Hombre. Allí reunió colecciones, ante todo arqueológicas y etnográficas, organizó una biblioteca de unos 300.000 volúmenes a base de las bibliotecas de la Sociedad de Americanistas, la Sociedad de Africanistas, el Instituto Francés de Antropología, la Sociedad Prehistórica Francesa. Además fototeca, fonoteca, laboratorios, bodegas, salas de conferencia, oficinas de investigadores. En el museo él intentó dar, científicamente, una visión total del ser humano. En la concepción del museo Rivet planteó nuevas orientaciones integradoras de la humanidad, al mismo tiempo que enfatizó el derecho a la gran diversidad de formas culturales.

Hay que recordar, que entonces en Europa se habían organizado museos formados por colecciones etnográficas y arqueológicas recolectadas entre los llamados "primitivos", o sea entre poblaciones que estaban bajo el poder colonial. Eran objetos pertenecientes a sociedades no europeas; pertenecientes a otra gente, a los "otros", y los cuales no formaban parte del mundo civilizado. Este concepto del "otro" era, y sigue siendo, de importancia filosófica, en la antropología.

Además existían museos especializados, en lo que llamaríamos hoy folclore, y cuyos objetos pertenecían a sociedades campesinas europeas; a gente que también eran los "otros", para los habitantes de las capitales europeas. Estos últimos museos tenían una tendencia nacionalista y los anteriores una visión colonialista. Las colecciones arqueológicas constituían un tercer tipo de museos y estaban dedicados a la arqueología y prehistoria del Viejo Mundo.

Rivet, fue en contra de esta visión museológica tan dispersa y en el Museo del Hombre trató de agrupar todas las expresiones biológicas y culturales de la humanidad; "aprovechando todos los progresos realizados en el mundo entero", su nuevo museo fue establecido según un plan estudiado por largo tiempo. Los objetos arqueológicos estaban presentados de modo que el público fuera consciente de los aportes de pueblos del pasado, al progreso de la humanidad y al estado actual de las civilizaciones modernas. Hay que resaltar que, también el Museo del Hombre, en 1937, representaba un desafío científico a la política nazista, que comenzaba su conquista ideológica. El museo claramente demostraba, con temática de: Antropología Física, Paleontología, Fisiología y Anatomía, el hecho de que no existen razas puras, que no existen razas inferiores o superiores. Que el término raza es una noción imprecisa, que lleva a utilidades políticas perniciosas.

Hoy el Museo del Hombre sigue siendo, esencialmente un fiel monumento a su memoria y a su visión científica. Esta institución fue planeada para ser un centro universal de investigación, enseñanza, documentación y no por último, de educación popular. La vitalidad del Museo, a corto plazo, debía medirse por los resultados de las misiones a terreno, y sus publicaciones. A mediano plazo, por su influencia mundial a nivel científico, y a largo plazo, por su contribución no sólo al conocimiento del hombre, sino a la justicia social, realizada por un gobierno mundial. Tal fue el ideal de Paul Rivet. La inauguración del Museo del Hombre constituyó una apoteosis para su fundador, un triunfo del racionalismo francés y de los ideales de la Antropología de entonces. En la inauguración estuvieron presentes diplomáticos y estudiosos de todos los países del mundo, incluso uno de mis oyentes esta noche.

En 1938, es decir estando Rivet en plena fama internacional, él y otros intelectuales parisienses muy prestigiosos, tales como el Profesor André Siegfried, fueron invitados a visitar a Suramérica. Se trataba de venir a Colombia, para la celebración del Cuarto Centenario de Santa Fe de Bogotá, llamados por el Presidente doctor Eduardo Santos, su amigo personal.

En 1938, recuerdo el salón de nuestra Biblioteca Nacional de Bogotá, donde vi por primera vez a Rivet, quien daba una conferencia magistral, sobre un

tema entonces muy novedoso: "Los Orígenes del Hombre Americano". El conferencista era un personaje de pequeña estatura, calvo y de ojos centelleantes bajo los gruesos lentes, hablaba un español magnífico y exponía los argumentos no sólo con convicción, sino con vehemencia. Su poder de comunicación impresionó al público, logrando un ambiente de expectativa ante cada nueva teoría. Sin embargo, más que el mismo tema, lo que más sorprendía era la personalidad tan fuerte, la altura intelectual, y no por último su sencillez y calor humano.

Fuera de un par de conferencias más, aquellas ideas se difundieron a través del periódico "El Tiempo", el cual publicó artículos titulados: "¿De dónde y cuándo llegaron hasta América sus primeros pobladores?". Además otro artículo sobre la raza australiana en América, y finalmente el intitulado: "La etnografía dice que en las costas colombianas del Pacífico desembarcaron los invasores melanesios". Luego la "Revista de Indias" lanzó su artículo: "Antigüedad del hombre indio".

Pero, para la celebración del Centenario se habían planeado eventos muy variados. Se inauguró una exposición de Territorios Nacionales, en que contribuyeron, con material de las tribus indígenas, las órdenes misioneras y personajes como el Padre Marcelino de Castelví. Allí, yo vi, lado a lado, muestras de caucho o de cacao, junto con pieles de cuelebra y caparazones de tortuga, arcos, flechas y coronas de plumas. De cierto modo era una exposición dedicada a los recursos naturales que se ofrecían para una futura explotación. Me sorprendió que el indio fuera expuesto como uno de estos recursos económicos.

En agosto del 38 también visité otra exposición, esta vez de objetos prehistóricos colombianos, en especial cerámica, montada en la Biblioteca Nacional, por Gregorio Hernández de Alba, quien además había organizado para esos días, la traída de algunos indios tribales, para la celebración del Centenario de Bogotá.

Gregorio Hernández de Alba fue el precursor colombiano de la moderna antropología en nuestro país. En 1938 el Gobierno del doctor Santos lo acababa de nombrar jefe del recién creado Servicio Arqueológico Nacional (por el Decreto Ordinario No. 848 del 12 de mayo de 1938). Este joven compatriota, ya tenía entonces una trayectoria arqueológica por sus investigaciones en San Agustín y Tierradentro, en compañía del arqueólogo español José Pérez de Barradas, quien había venido a Colombia contratado por nuestro gobierno.

Rivet, encantado de encontrar aquí un estudioso tan prometedor como Gregorio Hernández de Alba, antes de regresar a París, hizo los arreglos del caso con el Presidente Santos, para que Gregorio Hernández de Alba pudiera aceptar la invitación suya o mejor dicho, del Gobierno de Francia, para

ir a comienzos de 1939, a entrenarse tomando los cursos del Museo del Hombre. Otra casualidad fue, que aún antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, en 1939 el Presidente Santos invitó a Gerardo Reichel-Dolmatoff para venir a Colombia por recomendación del Profesor André Siegfried, del College de France.

En septiembre de ese mismo año estalló la Segunda Guerra Mundial. Hay que tener en cuenta que Rivet consciente del peligro político que corría Europa, ya en 1934 había sido uno de los fundadores del Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas y era un activo defensor de las libertades humanas. Luego el día que las tropas alemanas invadieron a París, en 1940, él como director del Museo, a pesar de su odio por los nazis ordenó abrir como siempre las puertas del Museo del Hombre, pero hizo colocar en ellas el famoso poema de Kipling titulado "IF...", como desafío a la adversidad del momento. Dicho poema fue siempre un credo para la vida de Rivet. En el mismo museo, pronto se organizó clandestinamente un núcleo de resistencia francesa. Cuando la Gestapo iba a apresar a Rivet, en el último instante él escapó, pero encarcelaron personal científico y administrativo de esa institución, algunos de los cuales fueron ejecutados.

Rivet logró huir a España; de allí se embarcó a fines de 1940 para Colombia, pues el presidente Santos le ofreció asilo en nuestra tierra. Simultáneamente Santos aceptó la oferta de Rivet de organizar un plan de enseñanza antropológica, que luego se formalizó mediante el Decreto 1126, Resolución 687 (21 junio 1941), del Ministerio de Educación Nacional. De este modo por iniciativa, y bajo la dirección de Paul Rivet, se fundó el Instituto Etnológico Nacional, con el visto bueno del Ministro doctor Guillermo Nanneti, como de Hernández de Alba, en su calidad de Jefe del Servicio Arqueológico Nacional y del doctor José Francisco Socarrás, rector de la Escuela Normal Superior (de Bogotá).

Por mandato del Presidente, fue dicho instituto dependencia de la Escuela Normal Superior de Bogotá ya que ésta se hallaba en su auge; había alcanzado un alto nivel académico y contaba con una biblioteca colombianista como no había otra en el país. Si a esto se agregaba el espíritu liberado de los profesores, tenemos que la Normal de entonces era una institución admirable.

Sus características tan definidas en cuanto a: orientación académica y política, personal docente y alumnado, imprimieron un sello indeleble, trazaron derroteros duraderos a la naciente antropología que fueron más fuertes, y llegaron más allá que las diversas corrientes científicas, a que se encontraron expuestas las primeras promociones de antropólogos colombianos.

El rector de la Escuela Normal Superior, doctor

José Francisco Socarrás, había contratado no sólo excelente personal colombiano para el profesorado, sino también tuvo el buen criterio de vincular a intelectuales europeos exiliados, los unos llegados de España y los otros de Alemania. Por tal motivo se integró a la Normal, ya en 1939 el Profesor Justus Wolfram Schottelius, quien fue el primero en dictar allí una cátedra de arqueología. Pronto murió Schottelius, después de iniciar sus investigaciones arqueológicas en la Cueva de los Santos, de Santander, pero alrededor de él se había aglutinado un grupo muy selecto de estudiantes especializados en el campo de las Ciencias Sociales. Ellos vinieron a ser los mismos que posteriormente constituyeron la primera promoción de antropólogos.

Rivet dirigió y organizó para el naciente Instituto Etnológico Nacional, un currículum, que no era improvisación del momento. Su orientación y contenido se basaba en el entrenamiento que desde 1925 daba el Instituto de Etnología de la Universidad de París y que se continuaba impartiendo en el Museo del Hombre. El intentaba que fuéramos formados dentro del espíritu de síntesis, con enfoque descriptivo, de la escuela parisiense desarrollada en 1928 hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Este tipo de enseñanza había sido diseñada en París, para los estudiantes universitarios que se especializaban en etnología, pero iba ante todo orientado a empleados de la administración colonial francesa, destinados a África o Asia, así como al personal que vivía en esos continentes y que tuviera "gusto por los estudios etnológicos".

En Bogotá, nuestros cursos eran el fundamento para una inmediata investigación de terreno. Los alumnos teníamos que aprender cómo recoger información; por un lado se debían estudiar fuentes históricas, es decir los cronistas de la Conquista y Colonia, y por otro lado estar familiarizados con técnicas para la encuesta etnográfica, lingüística y de antropología física. Rivet enseñaba lingüística, Antropología Física y el curso sobre los Orígenes del Hombre Americano. José de Recasens, quien en Burdeos había sido colaborador del famoso prehistoriador, el Abate Henri Breuil, dictaba los cursos de Geología del Cuaternario y de Prehistoria. Gregorio Hernández de Alba se encargaba de la cátedra de Etnografía, basándose en las enseñanzas que había recibido de Marcel Mauss. Además, de otros profesores aprendimos los fundamentos de técnicas de excavación arqueológica y de Museología.

Evidentemente, esta escuela que Rivet quería introducir en Colombia, era un intento de transplante de experiencias del Viejo Mundo y puesto que en nuestro país no existía un verdadero museo, ni colecciones que complementaran las cátedras, esto planteó dificultades pedagógicas; para muchos no era fácil visualizar objetos exóticos o conceptualizar diferentes expresiones culturales, fuera de la órbita hispano-americana. Tampoco existían entonces textos en español escritos para

la enseñanza de la antropología y eran escasísimas aquí las publicaciones científicas sobre las culturas indígenas de Colombia. Rivet, quien había traído consigo de París, una pequeña colección de las obras más fundamentales para él, nos las prestaba. Leímos pues en francés la Paleontología Humana de Marcel Boule, la Prehistoria de Henri Vallois, las obras de Erland Nordenskiöld, con sus mapas de distribución de elementos culturales, y un par de volúmenes de las Lenguas del Mundo, de Meillet y Cohen. Asimismo consultamos a Marcel Mauss.

Rivet puso énfasis en entrenarnos personalmente en técnicas básicas para las investigaciones de campo; en Antropología Física nos enseñó antropometría y análisis de grupos angúneos; para la Lingüística nos capacitaba en escritura fonética. La precisión del dato, en cualquier materia, y la calidad del registro científico, eran básicos en el entrenamiento. Nosotros, la primera promoción de antropólogos del Instituto Etnológico Nacional, éramos un pequeño grupo formado por: Gabriel Giraldo Jaramillo, Luis Duque Gómez, Edith Jiménez, Blanca Ochoa, Graciliano Arcila Vélez, Eliécer Silva Celis y yo. En Palacio recibimos los diplomas de manos del Presidente de la República.

Los recién egresados teníamos como prioridad efectuar el estudio o, mejor dicho el inventario de las características de las tribus indígenas del país. Al respecto, muy poco se sabía, ya que por entonces apenas muchas de ellas se estaban descubriendo al abrirse caminos, o apenas se conocían por relatos de misioneros o exploradores. Habían todavía mapas, de Colombia, con grandes letreros que decían "Territorio desconocido".

En aquella época las sociedades de la Cultura Occidental no constituían tema de investigación antropológica, la cual estaba especializada, en todo el mundo, en el estudio de los llamados pueblos "primitivos". El aprecio e interés de Rivet por estas culturas aborígenes, a las cuales había dedicado casi medio siglo, eran muy grandes y Rivet se preocupaba por la destrucción de ellas, ante el impacto de la occidentalización.

Para Rivet entonces, tal como para Claude Lévi-Strauss hoy, cada sociedad primitiva y cada una de sus instituciones y tradiciones, constituían "un experimento único e irremplazable, que se ha formado a través de una historia milenaria, y al desaparecer cada una de estas sociedades, se cierra una puerta para siempre; así lentamente los fundamentos de la humanidad se pierden irreparablemente". Este fue pues el mensaje fundamental que nos inculcó Rivet. Pero las enseñanzas vitales de nuestra ciencia, según Rivet, eran varias. Entre ellas, él decía que "es necesario que los blancos del Viejo y del Nuevo Continente tengan conciencia de todo lo que deben a la civilización indígena y que el aporte del Nuevo Mundo ha transformado las condiciones de vida en Europa y en África". Así pues entre las funciones del etnólogo estaba el "derecho y el de-

ber de hacer recordar, a todos los que han aprovechado tanto de los productos de estas civilizaciones, la parte que corresponde al indio en la economía moderna de los pueblos civilizados” y así exaltar y fortalecer la cooperación y aprecio mutuo entre las gentes de distintas culturas.

Fuera de que Rivet era un profesor muy brillante, quizás lo que más nos impulsó a seguir el camino que nos abría el sabio, era su liderazgo científico y la convicción contagiosa, de que todo un mundo desconocido nos esperaba para explorarlo. El tenía entusiasmo, pasión por la investigación, lo cual supo transmitir a sus estudiantes colombianos.

A pesar de que en esta época se estaba en plena Guerra Mundial, logró conseguir del Gobierno Provisional del General de Gaulle, con sede en Londres, unos fondos para sufragar los gastos de viaje de nosotros los alumnos al terreno, y dinero para publicar de inmediato los resultados de las investigaciones en la Revista del Instituto Etnológico Nacional; ésta fue dirigida por Rivet y allí él publicó también sobre metalurgia precolombina, sobre las lenguas Tunebo y Chocó, así como acerca de la influencia Caribe en Colombia.

Mientras que el gran maestro vivía en Bogotá, primaron entre nosotros sus alumnos, sus criterios científicos. Pero pronto él tuvo una serie de problemas, no científicos sino de tipo político y personal. Su carácter impaciente y su franqueza, que era en ocasiones desconcertante, lo hicieron reaccionar con vehemencia cuando él encontró fallas de solidaridad en personas en quienes había puesto su confianza. Exasperado, no esperó el fin de la guerra en nuestro país. En 1943 Rivet tomó la decisión de irse de Colombia; se radicó en México, como Agregado Cultural del Gobierno de la Francia Libre y con el alto rango de Consejero para América Latina. Al terminar la guerra regresó a París donde asumió de nuevo la dirección del Museo del Hombre y reanudó con ahinco su vida política. Fue diputado del Partido Socialista hasta 1951, pero lo expulsaron de dicho partido por su abierta oposición a la guerra de Francia en Indochina. Se retiró de la política activa en 1953.

Otras actividades suyas, a su regreso a Francia, consistieron en la Presidencia del Consejo Superior de la Radio-Televisión francesa, a partir de 1947; ya en 1946 era miembro de la comisión francesa de la UNESCO y su presidente en 1953. En 1954 él fue uno de los promotores principales, para organizar en la Sorbona el Instituto de Altos Estudios de América Latina. Estos, y muchos más logros y honores llenaron pues la vida del maestro, después de regresar del duro exilio en América Latina.

Finalmente retirado de la jefatura del Museo del Hombre, por razones de edad, en sus últimos años continuó publicando, viajando por todos los continentes promoviendo congresos internacionales de antropología. Al recorrer el mundo y conocer las tendencias y nuevas tensiones que surgían en los diferentes continentes, Rivet sintió profunda amargura, ante todo por el hecho de que los conocimientos antropológicos no hubieran contribuido a liberar la humanidad, del racismo, del etnocentrismo y de la miseria física e intelectual. La creciente violencia y el menosprecio de las libertades humanas lo hacían decir que “él parecía vivir en un cementerio donde en cada tumba yacía uno de sus sueños de juventud, o en una ciudad en ruinas donde cada pedazo de muro representaba una de sus aspiraciones más ardientes”. Rivet murió en París, en 1958.

Para finalizar volvamos un momento a la escena colombiana. Antes de irse de Colombia, Rivet entregó el Instituto Etnológico Nacional a José de Recasens, su colega, amigo y colaborador activo. Luego a partir de 1945, Luis Duque Gómez, uno de los alumnos siempre predilectos de Rivet, se encargó de la dirección del instituto. Fue desde entonces que la antropología colombiana comenzó a adquirir un perfil propio. La obra e influencia de Gregorio Hernández de Alba, Henri Lehmann, Gerardo Reichel-Dolmatoff y de otros colegas, son temas que no vienen al caso en esta disertación.

He escogido hablar de Paul Rivet, por haber sido el gran inspirador del primer grupo de antropólogos en Colombia y por constituir un ejemplo de dedicación, rigor científico, así como por su sentido de responsabilidad no solo profesional, sino por el mundo entero.